

# EL AFRICANISMO DE PEDRO ANTONIO DE ALARCON

Cristina VIÑES MILLET

La historia marca, en gran medida, la vida de Pedro Antonio de Alarcón. Historia externa, nacional, que le presta el ambiente. Historia interna, personal, que le marca el camino. Desde la misma fecha de su nacimiento. Porque Pedro Antonio de Alarcón viene al mundo, como es bien sabido, en la ciudad de Guadix un 10 de marzo de 1833. Es este el año que muere Fernando VII y en que se inicia, por tanto, el reinado de Isabel II, bajo la Regencia de su madre M<sup>a</sup> Cristina de Nápoles. El periodo que se abre entonces y que llega hasta 1868 es importante en la realidad española del XIX. El sistema liberal va cobrando forma, no sin problemas y deficiencias. Pasos adelante y atrás en una evolución imparable. Pedro Antonio, todavía en su Guadix natal, comienza a tomar conciencia de una realidad ante la que había de definir una postura. El lo hace matizándola según los distintos momentos de su existencia. El embrión del hombre político está ya latente en aquel joven. Como también lo está el sedimento literario que pronto habrá de florecer en él<sup>1</sup>.

Esto escribía hace ya algún tiempo y creo que sigue siendo válido para introducirnos en la vida y en la obra del escritor accitano. Incluso para perfilar en ambas un rasgo que pienso es prioritario e íntimamente ligado al objetivo de estas páginas. Porque de ese largo párrafo se puede deducir -aunque sea indirectamente- la consideración que me merece Alarcón como hombre inmerso plenamente en su tiempo y en las cuestiones que en él alcanzaron particular dimensión. Esta valoración choca frontalmente con muchas de las interpretaciones al uso, que se muestran vacilantes e indecisas a la hora de adscribir su figura y su tarea literaria a un momento de contornos precisos. Se ha dicho que la época que le tocó vivir (puente, quizá, entre dos momentos, aparentemente diversos, pero complementarios) se viene contemplando desde valoraciones negativas, de un claroscuro que desdibuja sus perfiles<sup>2</sup>. Se ha aludido a él como romántico rezagado, con toda la carga que esa idea encierra de hombre fuera de su tiempo, aferrado a lo que ha perdido vigencia<sup>3</sup>. Creo que los que así piensan y escriben pierden de vista la realidad de un país -el suyo y el nuestro- de compleja trayectoria en los años centrales del siglo, al que costó definir un modelo válido, supuestamente, para todos.

Situada sobre el telón de fondo de la realidad nacional, la figura de Alarcón cobra una significación nueva, desconcertante en ocasiones, pero atrayente siempre. Hijo de su propia época, lo es también de un muy particular entorno, cuyo influjo se deja sentir en una parte importante de su trayectoria vital. El entorno que centra Granada y del que Guadix forma para sustancial. Sugestiones, influjos, modos y culturas que en ningún otro lugar hubieran sido los mismos, pesan sin duda alguna en la valoración final que se puede hacer de nuestro personaje. Pero en forma rotunda en la que particularmente nos interesa ahora. Porque a Pedro Antonio podrían aplicarse unas palabras que no fueron escritas

---

<sup>1</sup> VIÑES MILLET, C. «Pedro Antonio de Alarcón y Ariza (1833-1891)» en *Figuras granadinas*. Granada. El Legado Andaluzí, 1995 p. 295

<sup>2</sup> GALLEGO MORELL, A. «Ventura y desventura literaria de Alarcón» en *En torno a Pedro Antonio de Alarcón*. Granada. Diputación Provincial, 1993 pp. 161-172

<sup>3</sup> CAMPOS, J. «Prólogo» a *Novelas Completas* de P.A. de Alarcón. Madrid. Aguilar, 1974. Comparto con este autor el planteamiento, poco usual, que sitúa a Alarcón en las coordenadas de su época, de las que es, en gran parte, deudor.

para él, pero que responden a sus propias y hondas raíces culturales, «influencia de un medio en el que todo habla de la historia y la civilización árabe»<sup>4</sup>.

No se trata de interpretaciones subjetivas, ni de enfoques que el largo tiempo transcurrido permiten al investigador actual. No es necesario acudir a ello, en este caso, por la propia personalidad de la figura que nos ocupa. Pocos autores habrán sido tan explícitos como él a la hora de transmitir vivencias e intenciones<sup>5</sup>. Pocos habrán sentido la necesidad de abrir a su público lector algunos de los recovecos de su alma. Hay mucho de autobiográfico -con toda la carga subjetiva que esto encierra- en la obra de nuestro escritor, que va dejando jirones de sí mismo en tantas de sus páginas. Algunas de esas páginas son el mejor argumento, cuando menos, de la tesis que vengo manteniendo y que sitúa a Alarcón como hombre de su tiempo y producto de un muy particular entorno.

Desde el momento mismo en que se inicia su existencia, decía. Niño precoz, al parecer. Esa es, al menos, la imagen que nos llega de la mano de sus biógrafos<sup>6</sup>. Debí ser así a tenor de los diversos testimonios. En aquellos años en que su imaginación se abre a un mundo inquietante por lo desconocido, el paisaje que rodea a su ciudad natal y que él otea desde lo alto de los campanarios o encaramado sobre las viejas murallas, debió parecerle infinito y sobrecogedor. «Aspero y pedregoso -escribiría más tarde-, sin historia, nombre ni dueño, guardado por esquivos gigantes de pizarra, donde la Naturaleza, virgen y tosca como salió de las manos del Criador vive pobremente». Naturaleza quebrada e infinita, en la que recorta su silueta «la Sierra más erguida y elegante de España»<sup>7</sup>. Esa Sierra, con los celosos secretos que parecía guardar en su seno, será una de las grandes constantes de su vida y escenario de uno de sus más entrañables libros.

No sólo el paisaje ejerce sobre él una atracción evidente. También la ciudad, que recorre en sus juegos de chiquillo y que pronto conocerá palmo a palmo. Casonas y escudos, torres y murallas, viejas piedras venidas a tierra. Todo parece hablarle de un tiempo pasado. Un tiempo que debió ser muy diferente y cuyo recuerdo salta «casi a cada paso»<sup>8</sup>. Intuiciones tan sólo, que el correr de los años irán situando en sus justos perfiles, al ir sabiendo de la historia y de la tradición de su ciudad, en los momentos de esplendor y también en los de decadencia.

Lector incansable, desde muy niño conoce a los cronistas: Pulgar y Bernáldez, Hurtado de Mendoza, Ginés Pérez de Hita, el Romancero...<sup>9</sup>. Y se deja atrapar en la magia de la novela histórica, que en páginas de intenso colorido le lleva a un mundo ya perdido. En una personalidad como la suya, las cosas tenían que ir por el camino que fueron y no por ningún otro. También en esto es evidente el influjo de una época, marcada por lo romántico. Una serie de factores se han unido para ello. El cambio de reinado, la nueva situación implícita en él, el retorno de los emigrados. Todo se conjuga para que cobre

<sup>4</sup> GARCIA FIGUERAS, T. *La acción africana de España en torno al 98*. Madrid. C.S.I.C. 1966 p. 233. Estas frases las aplica al africanismo de Ganivet, al que dedica un amplio espacio en esta obra.

<sup>5</sup> Ocurre así, por ejemplo, con la *Historia de mis libros*, en la que pormenorizadamente traslada al lector las intenciones que le llevaron a escribir algunas de sus obras, o a desvelar las tesis implícitas en ellas. Vid. *Novelas Completas*. cit. pp. 1161 y ss.

<sup>6</sup> Fundamentalmente: MARTINEZ KLEISER, L. *Don Pedro Antonio de Alarcón. Un viaje por el interior de su alma y a lo largo de su vida*. Madrid. Victoriano Suárez, 1943 (Incorporado a *Obras Completas*. Madrid. FAX, 1968 6ª ed.)

<sup>7</sup> *El niño de la Bola*. Nov. Com. cit. p. 395

<sup>8</sup> DAVILLIER, Barón Ch. de. *Viaje por España*. Madrid. Adalia, 1984 Vol. I p. 183

<sup>9</sup> Buena prueba de su conocimiento de las fuentes de este periodo, es la relación casi total que de ellas hace en su libro sobre La Alpujarra.

forma esa corriente que hace tiempo circula por Europa. Siendo la nuestra cultura fronteriza, el tema oriental y morisco siempre ha estado presente. Pero ahora parece cobrar calidades nuevas, llegando a su máxima definición<sup>10</sup>.

Aquí, bastaba con mirar alrededor, con buscar en la propia tradición literaria, para encontrar los elementos necesarios a la ficción de la trama novelesca romántica. Como en su día definiera Victor Hugo, «Il résulte de tout cela que l'Orient, soit comme image, soit comme pensée, il est devenu pour les intelligences autant que pour les imaginations une sorte de préoccupation générale à laquelle l'auteur de ce livre a obéi peut-être à son insu. Les couleurs orientales sont venues comme d'elles mêmes empreindre toutes ses pensées, toutes ses rêveries; et ses rêveries et ses pensées se ont trouvés tour à tour, et pressons l'avoir voulu, hébraïques, turques, grecques, persanes, arabes, espagnoles même, car l'Espagne c'est encore l'Orient; l'Espagne est à demi africaine, l'Afrique à demi asiatique»<sup>11</sup>.

España es casi Africa. A la luz de esta nueva visión, la ciudad en que ha nacido y el paisaje que la rodea va adquiriendo una nueva realidad en la imaginación del adolescente Alarcón, que comienza a mirar con distintos ojos las casonas y escudos, las torres y murallas, las viejas piedras venidas a tierra, que tan familiares le son desde la infancia misma. Todo ello le habla de un pasado esplendor, de una ciudad de vieja y larga tradición e historia<sup>12</sup>.

De todo ello y del prestigio mantenido en los siglos, poco queda ya, como no sea el peso de esa misma tradición e historia y el recuerdo encerrado en esas viejas piedras y murallas. Esa realidad se va abriendo paso en la mente del joven Alarcón, asumiéndola plenamente. Por eso, para él, el orientalismo literario se centra en la ciudad y en el entorno que tan bien conoce. En ella ubicará algunas de sus obras más famosas, a ella aludirá veladamente en tantas otras. Claro que en la ficción, el Guadix retratado no es el de su presente, sino el de aquel pasado que le atrae con la fuerza de lo que se intuye sin haber conocido<sup>13</sup>. Quienes pueblan sus viejas callejas, no son los hombres de su hoy, sino los caballeros del ayer; quienes moran en sus casonas con escudos nobiliarios, llevan por nombres Venegas o Zegrías, eslabones que enlazan con lo más granado de la nobleza árabe<sup>14</sup>.

Si así ocurre con la propia ciudad, otro tanto ocurrirá con el paisaje. Pueblos moriscos son, a su parecer, los que lo circundan. Y la Sierra, «la más erguida y elegante de España», escenario de una de las últimas epopeyas históricas, seguramente la que más le fascinó desde niño. Por eso quiso buscar allí, «las ruinas de los pueblos que dejó totalmente deshabitados la Expulsión de los Moriscos; evocar en toda regla entre los nuevos alpujarreños, oriundos de otras provincias españolas, los encapuchados fantasmas de los atroces Monfies o de los airosos caballeros árabes que componían la corte militar de

<sup>10</sup> DIAZ PLAJA, G. *Introducción al estudio del romanticismo español*. Madrid. Espasa Calpe, 1936. Fundamentalmente el capítulo dedicado al tema oriental.

<sup>11</sup> «Prólogo» a *Los Orientales* (1829). Bruselas, 1853. Vol. II p. 402

<sup>12</sup> VIÑES MILLET, C. «Viajeros en Guadix» *Boletín del Instituto de Estudios Pedro Suárez*. Año X, nº 10. Guadix (enero-diciembre, 1997) pp. 192 y ss.

<sup>13</sup> Sobre este aspecto en concreto se pueden consultar los trabajos de: ASENJO SEDANO, J. «Guadix, cuna literaria de Alarcón» y ASENJO SEDANO, C. «Segunda lectura de El niño de la Bola». Ambos en *En torno a Pedro Antonio de Alarcón* cit.

<sup>14</sup> Para el origen de los gentilicios Venegas, Zegrí y otros, el trabajo de SECO DE LUCENA PAREDES, L. «Notas para el estudio de Granada bajo la dominación musulmana» *Boletín de la Universidad de Granada*. Año XXIII, Vol. XXIII Granada, 1951

Aben-Humeya o Aben-Aboo; seguir los pasos de estos dos régulos por aquellas montañas... y discernir, con toda la severidad correspondiente, los calamitosos resultados que trajo a la común riqueza la política intolerante de Felipe II y Felipe III; tal fué, en resumen, el interés histórico que ofreció desde entonces a mi imaginación la idea de un viaje a las vertientes australes de Sierra Nevada»<sup>15</sup>.

Sugestiones del ambiente y de la historia sirven de sedimento a Alarcón que, todavía en su Guadix natal, siente cada vez con más fuerza el tirón de la creación literaria. También, sin duda, contactos y amistades enlazados entonces. En la pequeña tertulia en la que se integra, Pedro Antonio es el más joven y sobre ella planea la influencia de Torcuato Tárrego, novelista en ciernes y mentor de nuestro personaje<sup>16</sup>. No hay duda que esta reunión de amigos y las actividades de todo tipo impulsadas por ellos, sirvieron para hacer madurar en él una serie de inquietudes latentes.

Inquietudes que, en forma desordenada e inconexa, bullen en su interior. Se ha aludido con frecuencia a su autodidactismo y a sus estudios, incompletos y poco adecuados a sus dedicaciones posteriores<sup>17</sup>. Una vez más, él mismo es notario de su propia vida, cuando afirma: «Salí de mi seminario eclesiástico de Guadix... llevando en pugna dentro de mi cerebro a Santo Tomás y a Rousseau, a Job y a Lord Byron, a Fray Luis de León y a Balzac, a Savonarola y a Humeya»<sup>18</sup>. Consciente de sus carencias, presiona a su familia para que le deje marchar a Granada y seguir estudios en su Universidad. La decisión es importante y seguramente en ella pesa también el deseo de salir de aquel pequeño cerco en que se ha convertido Guadix, al desear horizontes más amplios.

Para él, «Granada en esos años, más que una realidad, es un sueño oculto al otro lado de la Sierra»<sup>19</sup>. En busca de ese sueño parte -son sus palabras- a la morisca pobre, esto es, en burro. Tan breve fue aquella experiencia, que resulta difícil intuir en qué medida le sirvió de influencia. Quizá no es arriesgado pensar que, con sus dieciseis años, se abrió ante él un mundo nuevo, tan sólo entrevisto entonces. Lo suficiente, quizá, para dejarse atrapar en aquel paisaje que había comenzado ya a dar la vuelta al mundo. «Ya se apagaba el crepúsculo al otro lado de la Catedral, cuya oscura mole gigantesca se destacaba sobre el fondo de oro del Poniente. La luna empezaba a blanquear la copa de los árboles, deshaciéndose como una gasa de plata por las oscuridades de los bosques y las quebradas del terreno. Los ruiseñores, huéspedes eternos de aquel paraíso, la saludaban con sus más amorosos cantos, mientras que el cuchillo contador del silencio, lanzaba ya su acompasado gemido que había de repetir toda la noche. ¡Era el anochecer! ¡Era la primavera! ¡Era en Granada!»<sup>20</sup>.

Un mundo nuevo, tan sólo entrevisto entonces. Lo suficiente quizá para captar el ambiente de una ciudad que por aquellos años vive un momento de plenitud cultural.

<sup>15</sup> ALARCON, P.A. de. *La Alpujarra, Sesenta leguas a caballo, precedidas de seis en diligencia*. Madrid. Imp. y Lib. de Miguel Guijarro, editor. Calle de Preciados nº 5, 1874 (Facsimil: Granada. Editoriales Andaluzas Unidas, 1983). El viaje lo realiza en marzo de 1872

<sup>16</sup> ASENJO SEDANO, C. *Torcuato Tárrego y Mateos el novelista por entregas*. Guadix, 1995. El autor traza toda la etapa de juventud de Tárrego, dedicando una particular atención a sus relaciones con Alarcón, muy estrechas entonces y que terminarían por romperse andando el tiempo.

<sup>17</sup> Entre otros, SORIA, A. «Prólogo y notas» a *El sombrero de tres picos* de P.A. de Alarcón. Granada. Diputación Provincial, 1985 pp. 10-11

<sup>18</sup> Estas frases pertenecen a la dedicatoria que hace a Mariano Vázquez, viejo amigo y miembro de «La Cuerda», de sus *Viajes por España* (Incluidos en *Obras Completas*. Madrid. FAX cit.)

<sup>19</sup> ASENJO SEDANO, J. «Guadix cuna literaria de Alarcón» cit. p. 70

<sup>20</sup> *Una conversación en la Alhambra*. Novelas cortas. Segunda serie: Historietas Nacionales. *Novelas completas* cit. p. 974

Sobre ello habré de volver inmediatamente. De momento, tan sólo quiero dejar consignado un dato, que me parece interesante. En ese mismo año que Alarcón, ha llegado a Granada José Moreno Nieto, figura indiscutible del arabismo granadino. Viene a ocupar la recién creada cátedra de árabe -la segunda de España- y seguramente resulta en exceso arriesgado aventurar que pudiera mantener entonces algún contacto en las aulas universitarias con el joven estudiante accitano. Lo que sí es evidente es la amistad anudada entre ambos poco tiempo más tarde<sup>21</sup>.

Parece fuera de toda duda que aquella primera escapada no hace más que incrementar el ansia de libertad que viene sintiendo. Obligado al retorno por cuestiones económicas fundamentalmente, parece recuperar hábitos y amistades. No creo que sea casualidad que, precisamente entonces, dé forma a **La conquista de Guadix**, de claro sabor histórico, oriental y romántico. En él, parece claro ya, prima la «inspiración del sentimiento», que comienza a tomar forma en su obra, partiendo de todo ese sedimento acumulado<sup>22</sup>. Pero este regreso a Guadix, ahora menos que nunca, puede ser largo. Muchas son las cosas que le impulsan a lanzarse a la aventura, con todo el ardor de su juventud recién estrenada. Aventura política, iniciada en aquel viaje a Cádiz, cuyo destino último iba a ser la Corte. Toma forma entonces mucho de ese ideario que, muy pronto, estalla en las jornadas revolucionarias de 1854. Para entonces se encuentra de vuelta en Granada y se convierte un poco en alma del movimiento que agita a la ciudad<sup>23</sup>.

Tampoco en este caso, su permanencia aquí resultó excesivamente larga en el tiempo. Sin embargo, pese a la brevedad de esta etapa, es necesario que nos detengamos en ella, dada la confluencia de actitudes que desde el pasado miran hacia el futuro. Bajo mi punto de vista -no sé si acertado o equivocado- esta nueva estancia granadina, tiene una particular trascendencia, por muy diversos motivos. Comenzando, quizá, por el influjo literario de la propia ciudad, en la que ha ido cobrando forma un muy determinado modelo de escritor. Las coordenadas sobre las que se asienta parten de la misma Granada, en sus monumentos y su fisonomía; su historia y las leyendas entretnejidas en ella; ese orientalismo siempre presente<sup>24</sup>. No puede caber duda que esa vertiente literaria había de encontrar terreno abonado en la sensibilidad alarconiana.

Con todo, quedarnos aquí supondría rozar la superficie de las cosas. Hay mucho más y de mayor trascendencia, enlazado además fuertemente a la temática que sirve de hilo conductor a estas páginas. Y en este último terreno, yo diría que se va a producir un salto cualitativo en su manera de entender las cosas que, desde el orientalismo literario, le lleva al arabismo cultural, como precedente inmediato del africanismo que llegaría poco más tarde. Ese mismo paso podríamos aplicarlo, seguramente, a otros planos de su actividad, pero ello supondría salirnos del camino que nos hemos marcado.

También en todo esto que vengo comentando, juega su papel la realidad de la ciudad por entonces. Punto de encuentro de todos aquellos que vienen buscando las hue-

<sup>21</sup> RIVAS,N. «La Cuerda granadina» en *Anedotario Histórico*. Madrid. Aguilar, 1960 pp. 363 y ss. Alude a la llegada de Moreno Nieto a Granada en 1847, considerándole «hombre de extraordinario potencial mental -que acreditó siempre-, siendo un sabio profundo y un excelso orador en plena juventud» p. 382

<sup>22</sup> **En un álbum francés de preguntas** (1872) «Le genre d'esprit que vous préférez? (Qué clase de talento preferís?) La inspiración del sentimiento». *Novelas Completas* cit.

<sup>23</sup> Su postura ideológica la alarga algo más en el tiempo, propiciando un periódico de corta vida, **La Redención** y colaborando -esta vez en Madrid- con **El látigo**, publicación de signo radical. Sobre ello: VIÑES MILLET,C. «Pedro Antonio de Alarcón. La aventura literaria» **Ideal** (Granada) 12-VII-1991. Extraordinario del centenario de su muerte.

<sup>24</sup> SORIA,A. «Ganivet y los costumbristas granadinos» **Cuadernos de Literatura** V (1949) pp. 205-238

llas de su pasado árabe. La nómina de figuras que forman parte de la cultura europea, y que aquí conviven por un momento, no puede ser más extensa e intensa<sup>25</sup>. Si nos referimos a Sorokin, Mikailoff, Owen Jones, el barón Schark o Glinka, no haríamos más que comenzarla. Todos ellos -cada uno desde su propio enfoque- buscan profundizar en las raíces de una cultura y de una civilización que tiene aquí sus exponentes más claros. Alejados del «filoarabismo de pandereta», forman entre los pioneros de un conocimiento científico llamado a importante dimensión.

Esta sería una cara de la medalla. La otra la iba a constituir la labor desarrollada en ese mismo sentido por instituciones, personas y grupos nacidos en el seno de la propia ciudad. También en este caso la enumeración sería en exceso larga y por ello remito al interesado en el tema a trabajos donde he desarrollado esos aspectos en extenso<sup>26</sup>. Sí tengo que detenerme en esa asociación cultural, literaria y festiva que tomó por nombre «La Cuerda». Y tengo que hacerlo por la importancia que para nuestro personaje tuvieron determinadas relaciones entabladas en su seno. Si hablaba hace un momento de Granada como lugar de encuentro, debo añadir ahora que «La Cuerda» se convierte en punto obligado de confluencia para todos -o casi todos- los que hasta ella llegan. Sociedad cultural, literaria y festiva, sintetiza mucho del ambiente enriquecedor de aquellos años, difícilmente igualable<sup>27</sup>.

De él participa plenamente Alarcón, convertido en uno de sus «nudos» más activo. Por debajo del carácter aparentemente informal de este grupo, es de destacar una vertiente, reposada y profunda, que iba a dar sus frutos no mucho más tarde. Desde mi punto de vista ella fue -a través de algunos de los que militaron en sus filas- impulsora decidida de un nuevo arabismo, al par de otras muchas cosas que forman parte de la concreta historia de la cultura en Granada. Los nombres de Juan Facundo Riaño, José Fernández Jiménez, Francisco Fernández y González, los hermanos Contreras, José Moreno Nieto o el propio Pedro Antonio de Alarcón, son suficientemente elocuentes al respecto.

«La Cuerda» conoció su momento de mayor dimensión y de actividad más acusada a partir de 1850<sup>28</sup>. Pero este momento granadino iba a tener un final relativamente rápido. La coyuntura política ayuda a la dispersión pero es que, además, se ha cubierto una etapa importante en la formación de aquellos jóvenes. Ahora el camino queda abierto a las individualidades más valiosas, que tratarán de buscar su forma de expresión personal y rotunda. La revolución de 1854 marca el fin de este momento, positivo para todos ellos. Algo antes han sacado a la calle **El Eco de Occidente** (alargando la publicación de igual nombre nacida en Cádiz), que resume en gran medida la actividad periodística e informativa desarrollada por sus más destacados miembros.

<sup>25</sup> CASTRO Y SERRANO, J. «El panteón de las artes» en *Cuadros contemporáneos*. Madrid. Imp. Fortanet, 1871 pp. 321 y ss. Aporta la visión de quien vivió aquellos momentos.

<sup>26</sup> Fundamentalmente: VIÑES MILLET, C. *Granada y Marruecos. Arabismo y africanismo en la cultura granadina*. Granada. El Legado Andalusi, 1995

<sup>27</sup> La bibliografía sobre «La Cuerda» es relativamente abundante, partiendo de los testimonios dejados por algunos de sus miembros. Como monografía más reciente y buena síntesis de sus personajes y actuaciones: GALLEGO ROCA, M. *La Cuerda granadina. Una sociedad literaria del postromanticismo*. Granada. Comares, 1991

<sup>28</sup> Los propios «nudos» dejaron un testimonio escrito inapreciable en dos modestos volúmenes, titulados «Album de la Cuerda», correspondientes a 1853 y 1854. Desaparecidos durante largos años, Natalio Rivas cuenta cómo tuvo noticia de su existencia y en qué forma llegaron a sus manos, cediéndolos posteriormente a la Delegación de Turismo, que dirigía entonces Antonio Gallego Burín. Vid. RIVAS, N. «Un hallazgo curioso, La Cuerda granadina» *Anecdotario Histórico* cit. Estos volúmenes se conservan hoy en la Casa de los Tiros y han sido utilizados e incorporados por Gallego Roca en su monografía citada.

La aparición de *El Eco* se vincula plenamente con la figura de Alarcón, nexo de unión entre los dos momentos de su efímera vida. En la nómina de colaboradores, a más del escritor accitano, encontramos nuevamente nombres que son exponente del arabismo cultural al que vengo aludiendo. A los de Jiménez Serrano, Manuel del Palacio, Moreno Nieto o Fernández y González, hay que unir en este caso el de Eguílaz, integrante también de la escuela arabista granadina, que tanto renombre había de alcanzar en el último tercio del siglo<sup>29</sup>. Y no está de más recordar, aunque esto suponga adelantarnos en el tiempo, que será precisamente Alarcón el fundador de *El Eco de Tetuán*, decano de la prensa marroquí. Claro que esta iniciativa hay que verla inmersa en el contexto de la Guerra de Africa, de la que nos ocuparemos en su debido momento<sup>30</sup>.

En la diáspora que se impone tras los acontecimientos del 54, Pedro Antonio es de los que deciden trasladarse a Madrid<sup>31</sup>. A partir de ese momento, su actividad adquiere una nueva dimensión, que nos interesa fundamentalmente. Es, por una parte, el sentido más agudo del escritor dedicado al periodismo. Estamos en 1855 y nuestro personaje parte para París (vía Bayona, Burdeos, Tours, Orleans) desplazado a la Exposición Industrial que se celebra en la capital de Francia. Los magníficos artículos de corresponsal escritos entonces, inician una nueva vía de gran trascendencia en su futuro profesional. Pienso que este es un año importante en su vida. No sólo por ser el de su primer contacto con Europa, sino porque en él da a la imprenta una primera novela, a la que titula *El final de Norma*<sup>32</sup>. Me reitero en lo que decía con anterioridad. Ha entrado en una etapa de madurez, expresada en estas y otras tantas cuestiones<sup>33</sup>.

Precisamente, también en ese mismo año -y esto tampoco creo que sea coincidencia- organiza y prepara un viaje a Marruecos, en compañía de Anibal Rinaldi y Mustafá Abderramán. Este viaje quedaría tan sólo en proyecto por imprevistos de última hora, pero con Rinaldi, intérprete de O'Donnell, volverá a coincidir en los días intensos de la Guerra de Africa<sup>34</sup>. 1855 traza a mi entender una divisoria en la trayectoria del escritor accitano. No sólo en el plano profesional, al que someramente se ha aludido aquí, sino también en el político.

Muy críticamente se han valorado sus posiciones ideológicas que, del radicalismo a la moderación, marcan dos etapas de su existencia. Sin ánimo de polémica tengo nuevamente que disentir de los que así piensan. Y tengo que hacerlo en fidelidad a la idea con que iniciaba estas páginas, considerando a Alarcón hombre de su tiempo, marcado por las

<sup>29</sup> Sobre ello: CATALINA, M. en *Obras Completas*. Madrid. FAX cit.

<sup>30</sup> El título elegido por Alarcón recuerda, sin duda, el del semanario granadino. Algunas de estas cuestiones las traté, en forma sintética, en un artículo titulado «El Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino, en el contexto del arabismo granadino» *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*. Segunda Epoca. nº 1 Granada, 1987 pp. 193-218

<sup>31</sup> También sobre ese periodo de la bohemia madrileña, ha dejado Alarcón testimonios en tres narraciones tituladas «Por qué era rubia», «Sin un cuarto» e «Historia de una novela». Estos textos se encuentran recogidos en sus *Obras Completas* y en el libro citado de Gallego Roca.

<sup>32</sup> El mismo dice que compuso «El final de Norma» en Guadix, cuando contaba diecisiete o dieciocho años y sólo «conocía del mundo y de los hombres lo que me habían enseñado mapas y libros» *Historia de mis libros* cit.

<sup>33</sup> Esta idea viene avalada, en lo que al plano literario se refiere, por la opinión de F. Liberatori que señala cómo la producción de su primera época constituye un material que Alarcón tratará de olvidar o corregir incesantemente (Recogido en Gallego Roca cit. pág. 29, nota 25)

<sup>34</sup> Aunque no es este el tema que nos ocupa, es de destacar que en los años finales del siglo, otro granadino vinculado estrechamente al africanismo -Mariano Bertuchi- llegaba a Tánger acopiando a Rinaldi, para iniciar allí una labor de larga dimensión. Es un exponente más de una continuidad pocas veces interrumpida.

cambiantes circunstancias que vive España. Fueron precisamente las tensiones generadas entre progresistas y moderados -de difícil arreglo, dicho sea de paso- las que le llevaron, como a tantos otros españoles, a buscar soluciones equilibradas, capaces de sacar adelante al país en las muchas cuestiones que tenía planteadas. Por eso admira la figura de O'Donnell, que se mueve en posiciones que quieren ser conciliadoras, y de la que hará cumplida y encomiástica valoración, no ya en su vertiente militar, sino fundamentalmente en su talente político<sup>35</sup>.

Cuando en 1859 se inicia la que se conoce como Guerra de Africa por antonomasia, Alarcón duda poco su incorporación al ejército que ha de defender los intereses de España. Guerra inmersa en coordenadas internacionales que anticipan un imperialismo que está ya a la vuelta de la esquina. Guerra polémica en la visión de los historiadores posteriores. Guerra plenamente sentida por la sociedad de su época, aglutinada -quizá por última vez- en torno a un mismo ideal. Guerra romántica, en fin, cuando el romanticismo ya comenzaba a ser historia<sup>36</sup>.

De su incorporación al ejército expedicionario y, sobre todo, del **Diario** a que la contienda dio lugar, se hace partir tradicionalmente el africanismo de Pedro Antonio de Alarcón, reforzado por experiencias vividas en el vecino continente<sup>37</sup>. Esto es cierto, aunque posiblemente no sea todo lo cierto que debiera, de ahí que sea conveniente matizarlo en alguna forma. Porque cuando Alarcón parte para Marruecos, ha dejado explícitas ya algunas de sus ideas al respecto, anticipándose en gran medida a una corriente de pensamiento que se dibujará netamente a partir del último tercio del siglo. Pensamiento basado en la idea de que los destinos históricos de España han experimentado una desviación de sus objetivos natos, motivada por directrices erróneas. Pensamiento que cree que en el Norte de Africa está su zona natural de influencia<sup>38</sup>.

Desde este enfoque quiero referirme a un texto en concreto, que me parece definitivo a la hora de valorar su ideario respecto a la política que España debe seguir en el vecino continente. Con él, pienso, ha dado ese paso definitivo del arabismo cultural al intervencionismo, por más que ese intervencionismo venga muy matizado. El texto a que me refiero, que titula **Una conversación en la Alhambra**, antecede en poco al inicio de la guerra y está fechado en Guadix en el mismo año de 1859. En la ficción, simula un encuentro en el alcázar árabe con el último descendiente de los Zegríes granadinos. Y aunque la conversación mantenida entre ambos tiene poco desperdicio, basten estos párrafos puestos en boca de Aben-Adul, el zegrí rifeño: «Nosotros, al pasar por España, la mejoramos, la civilizamos, la sacamos de la barbarie... Vosotros, españoles, responderéis ante Dios... Vosotros, sí, por haber olvidado vuestro destino, por haber abdicado vuestro derecho, por haber faltado a la ley providencial de la civilización»<sup>39</sup>. Al respecto, creo que sobran comentarios.

<sup>35</sup> Así lo hace en el **Diario de un testigo de la Guerra de Africa** y aunque añade «no soy su adepto», sí terminaría siéndolo, alargando más tarde en Prim esa fidelidad política.

<sup>36</sup> Sobre ella, entre otros: SEVILLA ANDRES, D. **Africa en la política española del siglo XIX**. Madrid. C.S.I.C. 1960

GARCIA FIGUERAS, T. **La acción africana de España en torno al 98** cit. Del mismo autor, **Recuerdos centenarios de una guerra romántica (1859-60)**. Madrid. Instituto de Estudios Africanos, 1960

<sup>37</sup> El **Diario** conoció dimensión importante no sólo en España, sino fuera de ella. La primera edición, a cargo de Gaspar y Roig, tuvo una tirada de 50.000 ejemplares, agotada rápidamente. Posteriormente fue traducida al francés por Charles Iriarte, amigo de Alarcón, a quien dedicaría su «Historia de Africa».

<sup>38</sup> JOVER ZAMORA, J.M.<sup>2</sup>. «Caracteres de la política exterior de España en el siglo XIX» en **Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX**. Madrid, 1976 p. 126

<sup>39</sup> Novelas cortas. Segunda serie. Historietas Nacionales. **Novelas completas** cit. p. 975 y 977

Partiendo de estos supuestos, no puede extrañar que Alarcón no dudara en incorporarse a las tropas que salían para el Africa. No como corresponsal -como en principio pensara- sino como soldado, a las órdenes directas de su amigo el general Ros de Olano<sup>40</sup>. Años más tarde, en un afán explicativo que es inherente a él, diría que se sintió dispuesto a la llamada africana por el hecho de haber nacido al pie de Sierra Nevada, «desde cuyas cimas se alcanza a ver la tierra donde la morisma duerme su muerte histórica»<sup>41</sup>. Si ello fue así, no viene más que a confirmar la tesis que vengo manteniendo a lo largo de estas páginas, que tocan ya a su fin.

Entrar en un análisis pormenorizado del **Diario de un testigo de la Guerra de Africa** resulta ya imposible, aunque sin duda se encierran en él muchas y diversas cuestiones dignas de ser analizadas. Descripciones, comentarios y valoraciones lo sitúan por encima de una mera crónica de guerra, aportándole todo el calor de una cosa sentida. Y es sintomático que Alarcón busque siempre, en paisajes y ciudades, en edificios y formas, la imagen de Andalucía, de Granada, de su Guadix natal. Como sintomático será, muchos años más tarde, que la contemplación de la Alpujarra, de sus agrestes riscos o de los pueblos perdidos en ellos, le haga volver la imaginación a las tierras de Africa que un día conociera y que, es consciente de ello, no volverá a pisar.

Pero si no podemos entrar en un análisis del **Diario**, es necesario que nos detengamos, al menos un momento, en las ideas que le sirven de colofón. Porque en ellas se encierran, nuevamente, argumentos que él expone al hilo de la decisión de su regreso anticipado a la patria. «La razón que me asiste para obrar así -dirá- es la misma que me trajo a la Guerra, también voluntariamente: el amor a mi Patria... Hoy creo... que nuestra misión en Africa está cumplida por ahora; que la continuación de esta Guerra no tiene objeto; que será una calamidad para España, cuyo espíritu público anda extraviado... Hoy creo, en una palabra, que la cuestión de paz o guerra, que el interés de la Nación, que la gloria del Ejército, que los destinos de España, no se ventilan ya aquí, sino allí... Corro, pues, a aquel nuevo campo de batalla»<sup>42</sup>.

Para muchos, las condiciones de paz que pusieron fin a la contienda, llevaban implícitas las posibilidades de una importante acción africana para nuestro país. Para muchos, no se supieron aprovechar aquellas favorables circunstancias, al carecer de un proyecto definido, de políticos capaces de llevarlo a cabo y del respaldo de la opinión popular. Aquella oportunidad perdida, como se la considera por quienes así opinan, y la carencia de una firme línea de actuación con respecto al Norte de Africa, impulsaron la movilización de determinados sectores, en un intento de llenar el vacío dejado por la clase política. Movilización que cuajó en iniciativas, que cobran forma ya bajo el marco de la Restauración.

Cuando eso ocurre, la vida profesional y personal de Pedro Antonio de Alarcón ha recorrido, no un largo pero sí un intenso camino. Al éxito y la popularidad alcanzados hay

<sup>40</sup> La figura de Ros de Olano, en algunas de sus facetas, guarda cierta similitud con la del propio Alarcón. Como literato, fue colaborador de Espronceda y asiduo a la tertulia de «El Parnasillo». Como político fue diputado en varias ocasiones y ministro en 1847. Fiel a O'Donnell hasta su muerte, secundó a Prim en la Revolución del 68, integrándose en la Restauración en el partido de Sagasta. Vid. RIVAS, N. «Espronceda. Ros de Olano» *Anecdotario* cit. pp. 176 y ss.

<sup>41</sup> Esta justificación pertenece a «Historia de este libro», incorporada a la segunda edición del **Diario**, impresa en 1880.

<sup>42</sup> **Páginas de un testigo de la Guerra de Africa**. Introducción y Epílogo de José Asenjo Sedano. Sevilla. Biblioteca de Cultura Andaluza, 1985 2 vs. p. 178

que unir una carrera política en ascenso: testigo presencial de la batalla de Alcolea que puso fin a la monarquía isabelina, diputado a Cortes en varias legislaturas, ministro plenipotenciario... La muerte de O'Donnell y el asesinato de Prim, le llevarán a engrosar las filas alfonsinas, cuando se dibuje la posibilidad de la restauración borbónica<sup>43</sup>.

No creo que nada de ello aporte novedades sustanciales a su carácter o modifique determinadas ideas asumidas desde tiempo antes. Fiel a esas ideas -al menos a algunas de ellas-, su nombre queda vinculado a ese africanismo que se perfila ya rotundamente y que desde Madrid o Granada, pretende ser alternativa válida. Muchos de sus viejos amigos militan también en esas mismas filas, trazando una invisible pero palpable continuidad con aquellos años centrales del siglo, ya tan lejanos. Sólo que ahora las cosas responden a una nueva situación de complejos perfiles: motivaciones económicas, cuestiones de prestigio o defensa nacional, primeros intentos regeneradores... Su nombre se asocia al nacimiento de la Real Sociedad Geográfica, y al de la Asociación para la Explotación del Africa surgida de su seno, en las que el influjo de Costa resulta indudable<sup>44</sup>.

No podía ser de otra manera cuando él, en fechas tan tempranas, defendió principios de responsabilidad y de actuación en aquella orilla frontera del Mediterráneo. Sin embargo, no le iba a ser dado conocer el desenlace de aquella nueva aventura, entretejida ya en fuertes intereses externos y desviada a la postre hacia un camino, seguramente, no deseado por quienes más la impulsaron. Tampoco le fue dado retornar a aquel «rincón hermoso de Andalucía» donde había transcurrido su infancia y donde hubiera querido reposar para siempre. Sus últimos años, de reclusión voluntaria, cerraban una vida a la que se ponía fin un 19 de julio de 1891.

---

<sup>43</sup> Para ello contamos con el testimonio aportado por Almagro San Martín, al referimos el ambiente de determinadas tertulias en el Madrid de Amadeo, en las que se conspiraba abiertamente a favor de Alfonso de Borbón. **La pequeña historia**. Madrid. Afrodísio Aguado, s.a (1954) p. 28

<sup>44</sup> Para un enmarque general de este periodo: VIÑES MILLET, C. **Granada y Marruecos** cit. Cap. V. Arabismo e intervencionismo.